

Comunidad Es Nuestra Mejor Oportunidad

CHRISTINE E. NIEVES RODRÍGUEZ

Dos días antes de que el huracán María golpeará Puerto Rico, yo estaba allí, esperando en fila en la gasolinera. La fila serpenteaba la calle sin final a la vista. Pero por suerte esta gasolinera tenía un ujier que dirigía a la gente a cada surtidor. Llamé a mi mamá mientras esperaba y le dije que me estaba preparando para la tormenta. En su voz escuché miedo. Ella sabía que este huracán iba a ser catastrófico. En lugar de decirme lo asustada que estaba, me preguntó: “¿Christine, qué estas haciendo en Puerto Rico echando a perder tu educación? ¿Por qué decidiste regresar después de trabajar tan duro para salir y hacer algo por ti misma?” Mis palabras se atascaron en mi garganta y colgué sin contestar.

Por mi rostro se derramaban las lágrimas mientras avanzaba poco a poco hacia la bomba. Mami tenía razón en sentir temor. Pero yo no sabía lo que vendría. Y en mi mente solo circulaba una pregunta: “¿Acaso cometí un error al regresar?”

A los dieciocho años me mudé de Puerto Rico porque estaba convencida de que no había futuro para mí aquí. Después de más de un siglo de relación colonial con los Estados Unidos, Puerto Rico había dejado de ser una isla encantada para mí. No veía la belleza. Solo sentía amargura. Amargura hacia el gobierno corrupto, amargura hacia las familias de élite y corporaciones que parecían perfectamente cómodas en la extrema desigualdad, amargura hacia la basura en las

Ensayo originalmente publicado en la sección Rise (Levántate), del libro All We Can Save: Truth, Courage and Solutions for the Climate Crisis (Todo Lo Que Podemos Salvar: Verdad, Valentía y Soluciones para la Crisis Climática) editado por Ayana Elizabeth Johnson y Katharine K. Wilkinson.

playas y calles, la constante desfiguración de los sitios históricos, el mal mantenimiento de las áreas públicas, la falta de oportunidades. Ese desdén se convirtió en un mantra que escuchaba repetido a mi alrededor: que los puertorriqueños somos vagos y corruptos, que nada bueno pasa aquí. Así que me mudé con el mismo sentimiento de muchos puertorriqueños que se han ido; un sentido de inferioridad subconsciente en relación al mundo occidental y estadounidense. Y yo estaba decidida a demostrar mi valía a mí misma, a Puerto Rico y al mundo.

Quería marcar la diferencia, facilitar información para abrir el mundo a los demás, porque me había sentido muy atrapada. Completé una educación tipo “Ivy league” (aunque no sabía lo que eso significaba en ese momento). Fui implacable en mi sed de conocimiento. Traté de entender el poder porque me sentía impotente. Exploré muchos roles, incluyendo: presentadora de programas de televisión, otorgante de fondos en una fundación filantrópica y miembro de la facultad universitaria. Cuando creí que finalmente había encontrado mi vocación como educadora, algo extraño me sucedió. Comencé a tener un dolor extremo en la espalda sobre el omóplato derecho. Visité fisioterapeuta tras fisioterapeuta, hasta que uno de ellos me dijo: “¿Sabes? Otras personas que han experimentado este dolor sienten que no tienen comunidad, que no tienen apoyo comunitario”. Esas palabras fueron mágicas. Mi dolor se convirtió en un llamado a volver a casa.

Irónicamente, la idea de regresar a Puerto Rico no la sentía acogedora. Ya mi familia nuclear no vivía allí. Y además, yo sabía que regresar sería un reto porque crecí creyendo que solo personas con acceso a conexiones políticas podían ser

exitosas profesionalmente. Me sobrecogía un miedo al fracaso, a la humillación. Sentía que todo mi esfuerzo y conocimiento adquirido estudiando fuera no podría ponerlo al servicio de Puerto Rico debido a la misma corrupción que motivó mi partida. El éxito profesional se sentía inalcanzable. Me sentí entre la espada y la pared. Pero el dolor en mi espalda no mejoraba. Y eventualmente respondí al llamado, renuncié a mi trabajo ideal y me lancé al vacío. Regresé exactamente nueve meses antes de que llegara el huracán. Y por eso fue que dos días antes de que el huracán María tocara tierra yo estaba en una fila de gasolinera con un nudo en la garganta y otro en el estómago.

La casa de mi compañero, Luis, estaba localizada en la costa sureste de la isla grande de Puerto Rico, en un barrio llamado Mariana del pueblo de Humacao. Todos los modelos meteorológicos concluían que la tormenta categoría 5 tocaría tierra exactamente en esa parte de la isla grande. Luis me aseguró que, “aunque el impacto sea peor en esta área, tendremos comunidad. En Mariana la gente sabe dónde está la comida y cómo cuidarse unos a otros.” Yo crecí en Ponce, en un ambiente urbano y no tenía idea de lo que significaba vivir en comunidad. Ni siquiera podía imaginarlo.

El 19 de septiembre de 2017, a las 11 de la noche, nos despertó el sonido de la explosión de un cristal. Sentimos como el viento entraba en nuestra casa y proyectaba pedazos de vidrio y todo lo que pudiese agarrar a su paso. Luis, su primo, Omar, y yo corrimos hacia la habitación más segura de la casa. Nos apiñamos con nuestras mascotas en un pequeño baño por horas. Cuando finalmente salimos, el mundo había cambiado. Los árboles que quedaron estaban desnudos; pero aquella vista

bucólica se había esfumado. No había hojas, ni sonidos de aves. La barrera frondosa de árboles que nos protegía desvaneció y por primera vez vimos las casas de nuestros vecinos que vivían un poco más abajo. Una pareja de jubilados extranjeros se había mudado a un chalet de madera pintado de color amarillo. Ahora teníamos vista directa a su casa desde nuestro balcón, pero en lugar de ver la estructura pintoresca observé un techo plano blanco. Me tomó unos segundos darme cuenta que lo que mis ojos estaban viendo era el piso de su casa. Solo quedaba el inodoro y un gran orificio cuadrado con una escalera que daba al sótano de cemento. Desde ahí nuestros vecinos observaron mientras los vientos del huracán arrancaban su casa. Desde las alturas de nuestra casa podíamos ver un rompecabezas gigante desparramado por el monte: un pedazo de techo aquí, un calentador de agua allá, una ventana ahí, una puerta más adelante... Parecía que había estallado una bomba. Nos arrojó una gruesa cortina gris ininterrumpida de cielo a suelo; al otro lado, suponíamos, estaría el sol.

Nuestra casa estaba completamente inundada. Los vientos arrancaron el color de las paredes de adentro y en su lugar encontramos esqueletos de hojas. Fuimos desplazados de inmediato. Estuvimos desorientados durante días, luchando por comprender la profundidad de lo que había sucedido. Nos mudamos temporalmente a la casa de Omar más adelante. No había electricidad y no teníamos estufa de gas. Pero afortunadamente, encontramos un equipo de acampar oxidado en el armario de herramientas. Hicimos un pequeño puesto de comida sobre la lavadora en el cuarto de lavandería y ahí cocinamos lo que teníamos.

Después de unos días, la gente de la comunidad empezó a salir de sus casas. Vinieron de lo más profundo de la montaña para comenzar a despejar los caminos, limpiando el desorden y sacando escombros. Comenzamos a escuchar los informes, diseminados principalmente de boca en boca.

En esos días nos arraigábamos a la única estación de radio que mantuvo transmisión. Los mismos oficiales de gobierno recurrían a esa única estación porque no había otra forma de comunicarse. Primero escuchamos que solo diez personas habían muerto. Luego nos enteramos de neveras llenas de cadáveres no identificados. (La cifra oficial de muertos es ahora de 2,975). Sólo aquellos que tenían teléfonos fijos tenían una forma de comunicarse. Ningún teléfono celular funcionaba. Eran completamente inútiles.

Nos sentíamos incomunicados y desconectados, pero luego, algo cambió. La tragedia compartida hizo que nuestros vecinos y desconocidos se convirtieran en familia. Las carreteras obstruidas se volvieron escenas de solidaridad donde todas las personas en vehículos salían con machetes en la mano y en unión cortaban las ramas. Nos daba esperanza esas miradas breves silentes que decían, “estamos en esto juntos, y vamos a salir de esto.”

Pero ante el colapso de tantos sistemas veíamos que muchas personas no podían obtener comida. Al cuarto día del huracán escribí en mi diario: “Tenemos que abrir una cocina. Vamos a convertir nuestra casa en un espacio para que la gente venga a comer. Necesitamos mesas y sillas.” Salimos de casa con la poca gasolina que teníamos y amarramos la bandera de Puerto Rico

al cajón del vehículo, en nuestro corazón latían dos palabras; “Nos tenemos.”

No teníamos comida ni agua, pero teníamos comunidad. Luis, mi compañero, se comunicó con ARECMA (La Asociación Recreativa y Educativa Comunal del Barrio Mariana de Humacao), una organización que había estado activa en Mariana desde 1982 y había sido inscrita por su papá. Desde niño Luis recordaba ser ayudante en el Festival de La Pana que la organización hacía todos los años como una forma de fomentar las oportunidades económicas en el barrio. Luis preguntó si podíamos utilizar su cocina. Al principio dudaron pero luego nos dijeron que sí. Preguntamos a nuestros vecinos cocineros: ¿Cocinarían? Y dijeron que sí. Le preguntamos a nuestra amiga artista: ¿Pintarías carteles? Y ella dijo sí. Les preguntamos a nuestros amigos: ¿Vendrían a ayudarnos a limpiar? Y con lo mucho o lo poco que tenían todos vinieron a ayudar; teníamos que hacer algo.

En cinco días lanzamos el Proyecto de Apoyo Mutuo Mariana. Diez días después estábamos alimentando a trescientas personas, de lunes a viernes, con un esfuerzo completamente autogestionado y autofinanciado. Las donaciones empezaron a llegar, pero lo más importante fue la gente. Establecimos un sistema de intercambio que aprendimos del Centro de Apoyo Mutuo de Caguas (una ciudad cercana), donde la gente podía ser parte de nuestra iniciativa escogiendo la contribución que quisieran ofrecer: comida no perecedera, habilidades y/o dinero. Y la gente contribuía con entusiasmo y esperanza y el espacio se llenó de respeto y solidaridad. En nuestro espacio recibían mucho más que un plato caliente, y se corrió la voz.

Pronto llegaban personas que vivían en comunidades aledañas a buscar comida. Y luego llegaron paramédicos, enfermeras y médicos. Comenzamos a encuestar a las personas sobre lo que necesitaban y lo que les gustaba hacer. Creamos un sistema de distribución de suministros de acuerdo a las necesidades particulares y le dimos prioridad a aquellas personas que no podían salir de sus hogares. Y a través de este proceso de hacer, pudimos sanar.

Todas las mañanas a eso de las 9:30am llegaban niños para limpiar y arreglar las mesas. Entonces se sentaban a jugar al ajedrez. A las 11:15 a.m. llegaban cientos de personas de Mariana y la región, todas buscando alimento. Entregábamos platos de comida a domicilio a más de sesenta personas encamadas en nuestro barrio.

Un joven que se enteró de lo que estábamos haciendo nos detuvo a mi y a Luis un día y nos dijo: “¿Pero ustedes están ayudando a gente de verdad?” Dijimos: “¡Sí! ¿Por qué no vienes para que veas lo que estamos haciendo?”. Apareció al día siguiente. Nos dijo: “Pensé que ya no había gente como ustedes. Mi papá me dijo que la gente buena no existía. Que la gente no ayuda de verdad porque siempre tienen otras intenciones”. Ese joven luego decidió cambiar sus planes y quedarse en Puerto Rico y estudiar en la isla porque empezó a creer que existía la posibilidad de un Puerto Rico diferente. Y ahí fue cuando miramos nuestro trabajo y nos dimos cuenta: estamos construyendo un Puerto Rico diferente, desde aquí.

Lo estamos construyendo porque cuando todo se derrumbó, fue evidente que la infraestructura real no es lo material. Cuando todo se derrumba, la infraestructura que salva vidas es nuestro conocimiento de las habilidades de unos y otros,

nuestra confianza mutua, nuestra capacidad para perdonar a nuestro vecino, trabajar con nuestro vecino y movilizarnos. Cuando todo se derrumba —sin cajeros automáticos, sin agua, sin comida, sin luz, sin gasolina, sin comunicación— tienes que acudir a un sistema basado en confianza, dignidad y reciprocidad. Y esa es la infraestructura invisible que ningún desastre puede destruir.

Cuando ocurren desastres, la persona que tienes en frente es quien puede ayudarte a sobrevivir. Fue entonces cuando entendimos: los tiempos de gran incertidumbre climática que enfrentaremos van a requerir que reconozcamos que lo más importante que nos rodea es la comunidad.

A partir de esta infraestructura invisible, podemos construir. En Mariana necesitábamos comunicación; necesitábamos infraestructura solar; necesitábamos obtener agua de forma más sostenible. Pasaron unos seis meses antes de que recuperáramos el servicio de agua, y nueve meses antes de que volviéramos a tener electricidad. Pero eso no nos detuvo. Desafiarnos las carreteras destruidas y sin semáforos para llegar a Caguas o San Juan y tener acceso a las redes sociales y enviar mensajes. Uno de esos mensajes lo envié a un grupo de mujeres expertas en tecnología que querían ayudar. Les pregunté si me podían ayudar a conseguir un teléfono satélite y en una semana recibimos noticias de una mujer que financió una empresa de ex-militares de la Guardia Nacional Costera de Estados Unidos que habían respondido al huracán Sandy. Con ese financiamiento ellos instalaron Wi-Fi en Mariana en veinticuatro horas. Ese momento fue catalítico; nos dimos cuenta de que había llegado el momento de soñar en grande: ¿Por qué no podemos tener Wi-Fi gratis para toda

la comunidad? ¿Por qué no podemos tener nuestra propia estación de radio?

Sólo teníamos que escuchar a los expertos de la experiencia de vivir en un desastre para crear un plan de recuperación. Y fue así que nos dimos cuenta que escuchar hizo que nuestra iniciativa creciera exponencialmente. Cuando una abuela llegó buscando comida y le vi las manos hinchadas y casi sin piel, tornadas violeta por lavar ropa en el río a mano, decidimos nuestro próximo objetivo: construir una lavandería con energía solar para la comunidad. Y logramos eso y más. Estábamos creando en el camino un modelo de lo que necesita una comunidad para enfrentar grandes desastres y poder sanar y adaptarse a una nueva realidad.

Nuestra visión ahora es compartir indicadores de cómo sabemos si una comunidad puede apoyar la adaptación humana a condiciones climáticas extremas. Resulta que las comunidades que consideramos “marginadas” han creado alternativas de supervivencia debido a la ausencia de servicios básicos que son derechos humanos. Si están bien organizadas y se invierte en ellas, estas comunidades están mejor preparadas para responder cuando toda la infraestructura colapsa.

Y las lecciones que aprendimos queremos compartirlas por los millones de personas en comunidades como la nuestra en todo el mundo, que podrían enfrentar desastres como el que nosotros vivimos. Queremos que nuestras lecciones ayuden no tan solo a prepararse para un futuro desastre, sino que también comiencen a reconfigurar una forma de vivir, una infraestructura invisible que haga la vida más deliciosa y sabrosa para vivirla, con solidaridad, apoyo, dignidad y confianza. Le debemos estas lecciones a futuras generaciones que heredarán una carga y

responsabilidad inimaginable debido al cambio climático. Le debemos estas lecciones a nuestros ancestros que nos trajeron aquí. Y se lo debemos a unos tres mil puertorriqueños que murieron a causa del Huracán María.

Fui testigo del derrumbe de falsas narrativas que han sido perpetuadas de generación en generación. “Puerto Rico está perdido” es una historia falsa, y la nueva historia que surgió luego del Huracán María es completamente diferente. Esta nueva historia la están viviendo los activistas, organizadores y líderes comunitarios que todavía hoy están de pie, independientemente de si pueden o no pagar sus facturas. La verdad es que nuestras comunidades en Puerto Rico son inmensamente poderosas. Tal vez estas comunidades no se hacen virales por los medios, pero nuestras comunidades son generosas y colaboradoras. Y seguiremos desarrollando algunas de las innovaciones más importantes para la adaptación humana en el mundo, porque nuestras vidas dependen de ello.

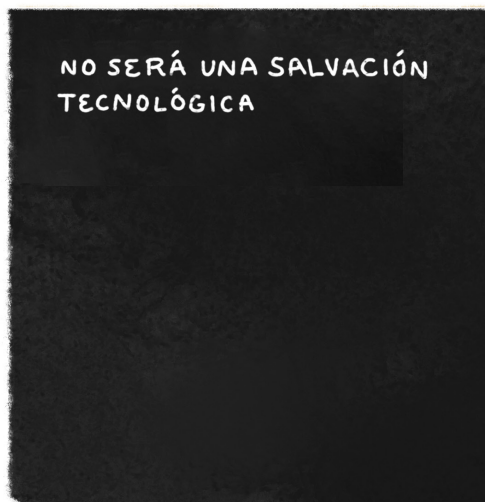
Sabemos porqué murió la gente luego del huracán María. No fue un desastre natural; fue político. Y esto significa que podemos solucionarlo. ¿Cuántas vidas hubiésemos salvado a través de más comunidades organizadas? Nunca lo sabremos.

El futuro será incierto. A nuestro alrededor, el nivel del mar aumentará y la gente se verá desplazada. Las personas se sentirán cada vez más aisladas y probablemente sufrirán más problemas de salud mental. Es probable que el estado no proteja a su gente — para ejemplo solo tenemos que ver la forma habitual en que los gobiernos de Estados Unidos y Puerto Rico han decepcionado a la gente. Pero comunidades como Mariana siempre han cuidado la raíz; compartiendo la historia

borrada de los libros, haciendo lo más radical, especialmente para un país colonizado: construir otra realidad desde la dignidad, la abundancia y el amor propio. Estos son los ejemplos que debemos buscar. Esta es la infraestructura invisible que necesita ser reconstruida. Pensé que tenía que dejar estas islas y todas sus bellezas para lograr el éxito. Y muchos otros como yo se han desvinculado de sus comunidades, abrumados por tratar de sobrevivir, demasiado preocupados por el prestigio y el poder, demasiado cínicos.

Resulta que las comunidades son la fuerza más importante que permite a los humanos resistir grandes tormentas, literal y metafóricamente.

La crisis climática se intensificará, pero nuestras comunidades seguirán levantándose, porque siempre estuvieron de pie.



Christine Nieves es cofundadora y Directora Ejecutiva de Emerge Puerto Rico, una organización sin fines de lucro enfocada en la educación de vanguardia sobre el cambio climático centrada en liderazgo individual y comunitario. Tiene interés en la sabiduría indígena y africana y en cómo la infraestructura invisible de las llamadas comunidades marginadas puede activarse cuando ocurren desastres. Christine se dedica al estudio de la conciencia humana, la cognición, la evolución y la adaptación a los cambios ambientales extremas. También fue nombrada Echoing Green Climate Fellow en el año 2020 haciéndola una de solo tres Puertorriqueñas en recibir esta prestigiosa distinción. Fue Bridge Fellow en TNTF donde aprendió cómo el campo de la educación puede cambiar las reglas del juego para fomentar sistemáticamente la compasión, el ingenio y la adaptabilidad de los seres humanos. Y al hacerlo, cómo el campo educativo puede prepararse mejor para los casos crecientes de desastres naturales y provocados por el hombre que afectan a los estudiantes, las escuelas y las comunidades.

Anteriormente fue cofundadora del Proyecto Apoyo Mutuo Mariana, un esfuerzo de ayuda mutua en casos de desastre donde la gente servida eran las mismas personas que servían. La misión de PAM era trans-formar la comunidad de Mariana en un ente transgeneracional catalíticamente sostenible mediante el desarrollo y la práctica de planes de preparación para huracanes a nivel comunitario y la construcción de infraestructura social y física para resistir la incertidumbre y futuros desastres naturales.

Mientras asistía a la Universidad de Pensilvania como estudiante, fue anfitriona

y produjo un programa de televisión para Telemundo Filadelfia y se graduó de la Escuela de Comunicación de Annenberg. Luego culminó su maestría en Intervención social basada en evidencia en Oxford. Christine trabajó en la Fundación Robert Wood Johnson, donde financió innovaciones disruptivas en salud y luego convirtió su conocimiento en una clase de pregrado en la Universidad Estatal de Florida. En FSU, fue la primera empresaria latina y más joven en residencia en formar parte del Consejo de Emprendimiento. Nacida en Inglaterra y criada en Ponce, Puerto Rico, ahora reside en la región montañosa de Mariana, en la frontera de Yabucoa y Humacao, donde el huracán María tocó tierra por primera vez. Es madre de dos niñas entre 1-2 años de edad y cuidadora de gallinas ponedoras que esconden sus nidos cada par de meses.

Puedes seguir a Christine

ChristineNieves.net

Instagram | @christine_nieves_

Linkedin | @mythirstybrain

Twitter | @mythirstybrain